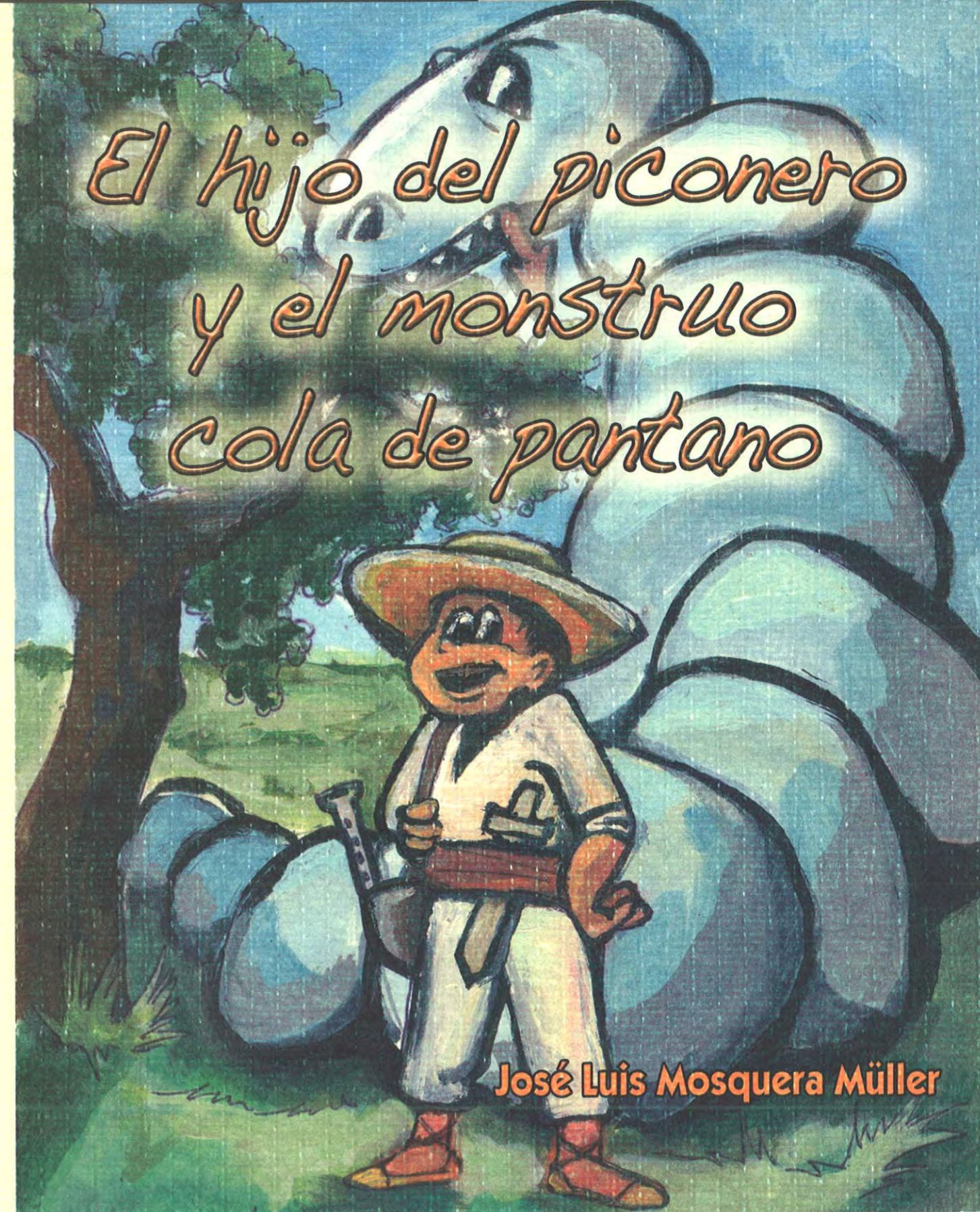


Una vez más la Junta de Extremadura reitera su voluntad y apuesta por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza.

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que “lo importante es llegar todos juntos”.

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Agricultura y Medio Ambiente ha realizado la edición de los cuentos ganadores en el X Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura “El Medio Ambiente cuenta”.

JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente



José Luis Mosquera Müller

José Luis Mosquera Müller es Licenciado en Geografía e Historia y Cronista Oficial de la Ciudad de Mérida. Su vida profesional la ha desarrollado como arqueólogo en el Museo Nacional de Arte Romano, el extinto Patronato de la Ciudad Monumental de Mérida y la Consejería de Cultura, interviniendo como codirector y director en multitud de excavaciones, entre ellas las de Regina Turdulorum en Reina (Badajoz) y la Zona Arqueológica de Morería (Mérida).

Co-redactor y técnico integrante en multitud de proyectos de recuperación del Patrimonio Histórico, como es el caso de la Vía de la Plata "Alba Plata", la Cueva de Maltravieso (Cáceres) o las estaciones con pinturas esquemáticas de Extremadura. Actualmente es Jefe de la Sección de Archivos, Biblioteca y Documentación de la Consejería de Agricultura y Medio Ambiente. Ganador de certámenes literarios como el de Semana Santa del Aula Tajo-Guadiana de Mérida o el Valbón de San Vicente de Alcántara. Pregonero en festejos religiosos y civiles, es colaborador asiduo del Diario Regional "Hoy", autor de libros de historia local, conferenciante y ponente en diversos ciclos, congresos y simposios relacionados con la historia y arqueología de Extremadura y Mérida. También es asiduo colaborador en publicaciones periódicas sobre tauromaquia, historia agraria e hidráulica.

El hijo del piconero y el monstruo cola de pantano

José Luis Mosquera Müller

Ilustraciones:

Ernesto Mosquera Müller

José Luis Mosquera Müller

**El hijo del piconero y
el monstruo cola de pantano**

© De esta edición:

JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

© Autor: José Luis Mosquera Müller

© Ilustraciones: Ernesto Mosquera Müller

Depósito Legal:
BA-315 / Mayo 2007

Publicaciones de la
Secretaría General
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente
Avenida de Portugal s/n.- 06800 MÉRIDA
<http://www.juntaex.es>

JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente



Quizá nunca os hayan contado esta historia, la de un niño curioso que, un buen día, decidió ponerse en camino para descubrir donde estaban las fuentes del embalse del Cuerno Blanco para desentrañar un misterio: por qué éstas se habían secado.

Como quiera que vosotros habéis visto llover poco últimamente y sabéis, claro que lo sabéis, las consecuencias que trae esa dama terrible a la que llamamos doña Sequía, ya estáis de sobra preparados para escuchar este antiguo cuento que recogen las viejas crónicas emeritenses: la del hijo del piconero y el monstruo “Cola de Pantano”.

No muy lejos de Trujillanos, un pueblecito cercano a Mérida, se extiende un gran bosque de alcornoques, encinas, madroños, lentiscos y coscojales que oculta un tesoro. Ya os imagino pensando en joyas y dinero. Pues no, no es un tesoro pirata, que por estas aguas dulces jamás navegaron con piratas con sus galeones aunque, como veremos, antiguamente aquí habitaron fieros bandoleros, que eran como piratas pero de tierra adentro. Tampoco ese tesoro del que hablo es un bolsón de monedas que escondió, entre las peñas, algún romano. El tesoro que el bosque tan celosamente ocultaba, y oculta aún hoy, es agua dulce común, transparente y refrescante. Agua, eso sí, en forma de charco, un gigantesco charco que los romanos domesticaron, hace muchos, muchísimos siglos, colocándole en un extremo un muro. Fue entonces cuando el manantial, el charco, se convirtió en pantano.

El ser humano a todas las cosas que crea, construye, o por las que pasa o habita, les pone un nombre. Nuestro charco embalsado no podía ser menos así que, desde tiempos de los romanos, éste se llamó del Cuerno Blanco o Cornalvo. Dicen que es por la forma de cuerno que dibuja el pantano sobre el terreno. En todo caso es, eso sí, un cuerno muy particular pues, cuando el sol o la luna se reflejan sobre él, las aguas que lo inundan se vuelven blancas como las sábanas que visten algunas de vuestras camas.

Pues bien, en tiempos en los que el país en el que vivimos empezaba a conocerse como España y en él reinaban, con un poder casi absoluto, Fernando VI y la portuguesa Bárbara de Bragança, vivió un hombre que no sabemos si fue bueno o malo. Bueno, lo que se dice bueno, lo era para su trabajo, al que se dedicaba prácticamente toda la jornada. Hacía picón con la leña procedente de las encinas que podaban las gentes que vivían en los cortijos y palacios de las dehesas vecinas al pueblo. No pongáis caras raras, ya sé que no os suena eso de “el picón” pero, no hace mucho, era este carbón de nuestros árboles y retamas el combustible que empleaban nuestros mayores para calentar sus camillas, la ropa, el agua, también asaban con él sus matanzas y el escaso pescado que les llegaba e, incluso, era lo que se introducía en las planchas para que estas funcionaran. Así que ser piconero era un oficio muy parecido al de quienes hoy ponen el gasoil o la gasolina en los coches de los mayores o en los depósitos de la calefacción de vuestras casas. Pero, eso sí, era una actividad mucho más sucia. Trabajaban constantemente con carbón, así que los piconeros eran fácilmente reconocidos por el resto de sus paisanos: iban permanentemente tiznados de negro. Y el nuestro no iba a ser menos negro. Por cierto, con él trabajaba un burro, negro también (era tan negro que le puso de nombre Azabache), con el que acarreaba la leña al horno y, luego, ya hecho el picón lo transportaba, metido en sacos, a los pueblos cercanos de San Pedro, Mirandilla y el propio Trujillanos a través de caminos de mala muerte y cañadas de ganado.

Este piconero se llamaba Fernando. Era viudo y sólo tenía un hijo que, cuando sucedieron los hechos que os relato, no tendría más de once años. ¿Que cómo se llamaba el chico?. El padre era pobre, muy pobre, pero a su hijo



pudo dejarle, al menos, su nombre. Así que el protagonista de esta historia también se llamaba Fernando, como su padre y ¡Vaya casualidad!... como el propio Rey. La verdad es que, hasta ahora, la historia no es nada original: un pobre piconero que vivía con su hijo a las afueras de un pequeño pueblo de Extremadura y que, para colmo, ambos se llamaban Fernando.

La vida de Fernando podía parecernos, según se mire, nada o muy aburrida. En el pueblo no había maestro y no podía ir a diario hasta Mérida para que los franciscanos descalzos del convento-hospital le enseñaran, al menos, las primeras letras, las sumas y las restas. Así que nuestro querido Fernando era analfabeto en la ciudad pero, a pesar de su corta edad, podíamos considerarlo todo un entendido en las cosas del campo: sabía manejar con destreza su pequeña hacha, amaestraba perdices, conocía los secretos del trampeo para cazar conejos y liebres, era un aventajado en saber qué frutos y plantas del bosque podían comerse y cuáles no. Y, por si esto fuera poco, pescaba, sabía hacer hogueras con cuatro palos y trozos secos de yesca prendidos con unas piedras de pedernal que siempre llevaba en su zurrón, cocinaba bastante bien y sabía hacer chozos con escobones de retamas y cuerdas.

Cuando el padre se ausentaba éste le hacía siempre a su hijo la misma advertencia: no debía ascender por el Arroyo de las Muelas hasta el corazón del bosque. Temía, y con razón, que el crío se topase con los jabalíes o con los lobos que, especialmente en invierno, y a falta de algo mejor que llevarse a la boca, podían ver al chiquillo como una presa apetitosa. Pero si a algo tenía miedo el Piconero era a los bandoleros que asaltaban las diligencias que, procedentes de Madrid, Toledo, Talavera y Trujillo, pasaban por aquí camino de Lisboa. Éstos se ocultaban, huyendo de los alguaciles, entre la espesura de los jarales que cubren, en su totalidad, a la Sierra del Moro, que distaba a menos de media legua de su casa. La crueldad de los bandoleros era muy comentada en toda la comarca; se decía que, incluso, habían llegado a vender en Portugal a los niños que iban en los carruajes que atacaban.

Esta advertencia de Fernando “el Piconero” a su chaval tenía también otra razón de ser: el niño era tremendamente curioso. No era la primera vez que

su hijo se internaba entre el matorral tras de un tejón o una comadreja hasta perderse. Ante esa situación, su padre le había advertido que encendiera siempre una hoguera en el primer claro del bosque que encontrara para así calentarse y, de paso, asustar a las fieras. Además, el humo de la fogata le servía de pista al padre para saber dónde se encontraba el niño y qué dirección tenía que tomar para salir rápidamente a su encuentro. Esta solución parecía buena para el invierno pero, en verano, la solución del fuego ya les había dado algún disgusto. Fernandito encendía su fogata y sólo la suerte evitaba que provocara un gran incendio. El niño sabía prender una pequeña hoguera y mantenerla, pero no tenía la más remota idea de cómo debía apagarse un incendio cuando éste se desataba. Así que el chiquillo se construyó una flauta de hueso que servía de reclamo para que su padre le encontrara, tanto en verano como en tiempos de calor y sequía. ¡Ah!...se me olvidaba un detalle muy, pero que muy importante: a parte de las piedras para encender fuego y la flauta de hueso, Fernando llevaba en su zurrón un machete. Una gran navaja de mentirijillas hecha toda de madera de avellano. Fue el regalo que, en la última Navidad, su padre le hizo. Con esa navaja, que más parecía un sable en miniatura, había ganado al viento en mil encuentros y había quebrado a centenares de espigas y ortigas desafiantes. Jugaba a ser uno de esos caballeros que, tras viajar en su galeón, llegaba a las lejanas indias para enfrentarse a bestias mas grandes y feroces que los propios lobos. Pues bien, todos esos objetos de piedra, hueso y madera que portaba en el zurrón eran sus mejores y más sagradas pertenencias.

Bien, hasta aquí todo discurre con normalidad absoluta, con la misma normalidad que transcurre la vida de todos los que estáis escuchando o leyendo esta historia.

Sin embargo, un buen día, no sé si era muy entrada o poco la primavera -quienes me contaron todo esto, cuando era pequeño como vosotros, no me especificaron el mes-, la normalidad se rompió de repente. Si estáis pensando en apariciones de naves espaciales o cosas parecidas estáis muy equivocados. La normalidad se interrumpió porque algo tan habitual dejó de serlo: que el Arroyo de las Muelas llevara agua por esas fechas. En menos dos días, la corriente que daba sonido al campo, quedó muda.

A poco de suceder esto, las gentes de las casas cercanas al embalse, los pobladores de Trujillanos y algunos mandatarios de Mérida se acercaron a curiosar alrededor de las orillas de la laguna y comprobaron que había sobradas reservas de agua para todos y que, de momento, no había razones para preocuparse. El Albarregas, que así se llamaba -y se llama- el riachuelo que surge de la presa, tenía agua de sobra para mantener a buena parte de la comarca.

Todo se desarrollaba según lo establecían las costumbres, buenas costumbres, de la primavera. Detalle que ambos, padre e hijo, comprobaban cada semana cuando iban a llevar el picón a Trujillanos para venderlo y, de paso, comprar víveres o reparar cazos y herramientas de trabajo en la fragua de José, el herrero. En el trayecto se topaban con los labradores que, con hoces, limpiaban de malas hierbas las huertas y los frutales recién regados. También saludaban al molinero Samuel, un anciano lleno de achaques al que dos jóvenes braceros ayudaban para mantener el mecanismo del molino que permitía convertir los granos de trigo, con ayuda de la fuerza del agua del Albarregas, en blanca y suave harina.

Muy cerca del molino tenía su casita un extraño personaje, venido de un lejano país europeo al que llaman Flandes. Este hombre, al que el piconero llamaba Juan "El Lindo" (realmente su nombre era : Hans van der Linden) era muy alto, rubio, lucía una piel que era como manteca, muy blanca y veteada con multitud de pecas color canela. Por mucho que el sol atizase con sus rayos su pellejo, sólo llegaba a ponerse colorado, tan colorado como las primeras amapolas de abril. Este hombre no sólo era raro en su aspecto, su trabajo también lo era: se dedicaba a inventar instrumentos musicales. Concretamente estaba perfeccionando un órgano cuyos fuelles para hacer sonidos se movían con la fuerza del agua. Desde el camino le veían, al pasar, bajo una gran carpa de lona, sentado sobre un escaño de madera, tocando ensimismado un teclado del que emergía una caja gigantesca rematada en grandes cilindros de bronce.

A la afueras de Trujillanos estaba el lavadero y la fuente. Le agradaba mucho a nuestros protagonistas pasar por allí y detenerse, no sólo a tomar un buen trago de agua fresca, sino también para escuchar las canciones de



taberna o los viejos romances que las mujeres entonaban mientras lavaban la ropa o llenaban sus tinajas. Es más, sospechaba el hijo que esas paradas estaban también motivadas por la predilección que el padre parecía tener por una de las lavanderas, una joven morena de rostro dulce y alegre, a la que siempre sonreía cuando ésta le regalaba una mirada.

Ya de regreso, al atardecer, nuestra pareja, a lomos de Azabache, se cruzaba con agricultores que retornaban del campo, con los carros cargados de heno fresco para los bueyes... Como podéis comprobar todo parecía discurrir sin novedad ni sobresalto alguno. Eso sí, llovió esa primavera, no mucho es cierto y, sin embargo, por el Arroyo de las Muelas no volvió a correr más el agua. Nadie podía sospechar que un suceso tan excepcional como terrible se cernía sobre el pueblo, sobre toda la comarca.

Pasaron las semanas, el verano se fue haciendo dueño y señor de todas estas tierras. Lo que era verde, robusto, se fue tornando dorado y pajizo. Y el embalse, privado desde la primavera de corrientes que lo alimentaran, comenzó a menguar de manera alarmante. A tanto llegó esa bajada de las aguas que emergió, como un retorcido fantasma de carbón, el viejo tronco de un olmo que creció, hace siglos, sobre un islote que ni los más viejos del lugar habían visto jamás. Pero es que, además, no sólo menguaron las aguas del pantano; todos los pozos y fuentes del término se fueron, a la vez, secando. Nunca había sucedido esto y, por tanto, si no había un motivo claro para justificar este extraño fenómeno tampoco se podían tomar soluciones.

La gente iba y venía para ver como bajaba el nivel del agua del embalse; hasta los hombres importantes que vivían en Mérida, comendadores y Caballeros de la Orden de Santiago, empezaron a pensar que no estaría de más tomar cartas en este asunto que empezaba a ponerse feo, muy feo. Reunidos en consejo decidieron que había, necesariamente, que cerrar las compuertas de la presa, al menos un día a la semana. Pasado un mes esta medida se endureció, cerrándose las compuertas hasta cuatro jornadas por semana.

¡Cuánto habían cambiado las cosas!. Las gentes con las que nuestros protagonistas se encontraban por el camino durante su viaje semanal habían

cambiado de carácter. Unos no daban los buenos días, otros hacían saber con enfado la situación crítica en la que se encontraban y, casi todos, habían perdido la sonrisa. Al hijo del piconero le llamó de manera especial ese detalle: la gente había perdido, al faltar el agua, la sonrisa.

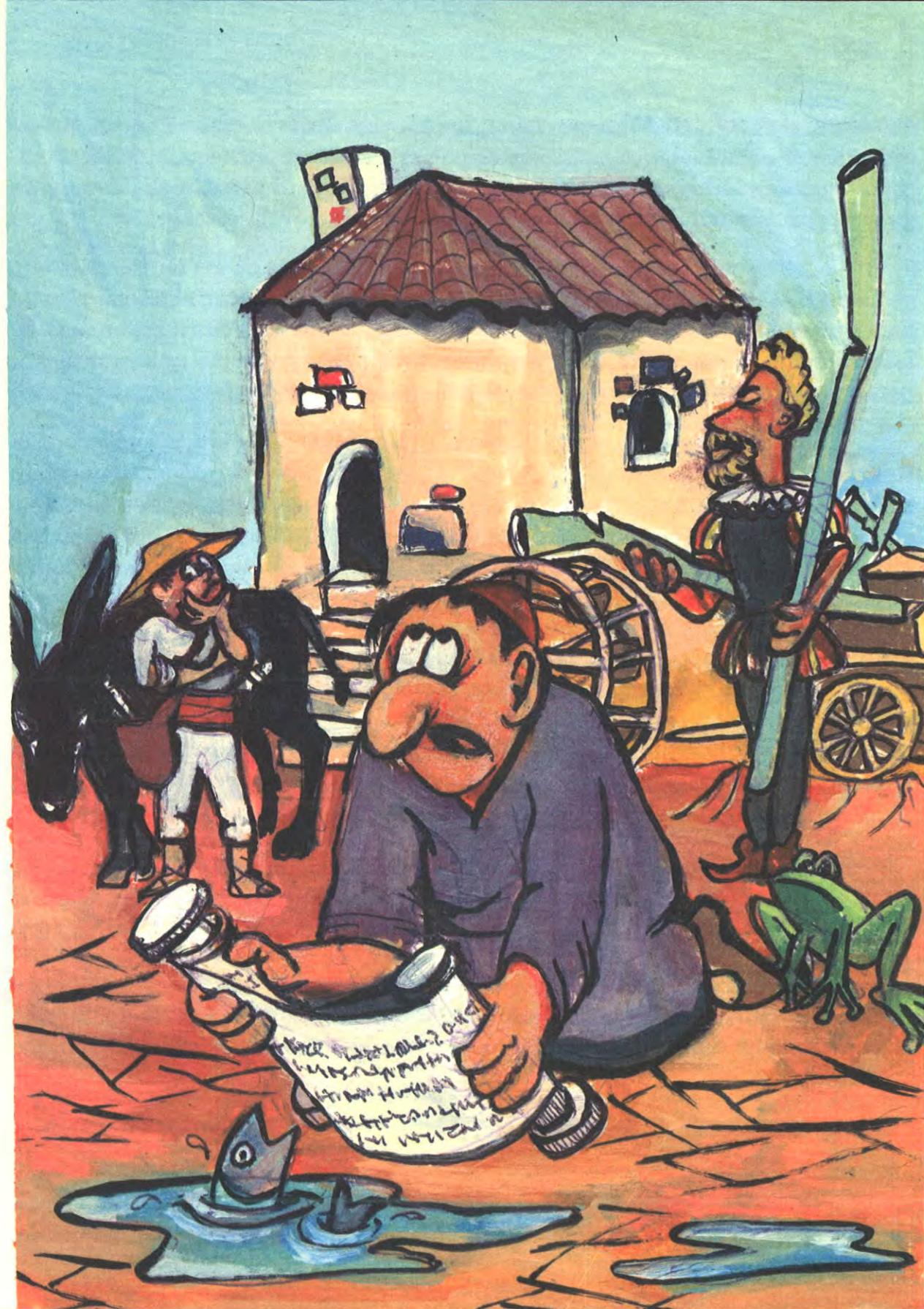
Nuestra pareja protagonista escuchó las quejas de los hortelanos, que veían como la fruta se consumía sin haber llegado a madurar siquiera o como las lechugas se mustiaban castigadas por el sol. Percibió los malos modos de los agricultores con cuyos carros de heno se cruzaban. Carros que ni iban tan llenos ni llevaban aquel forraje fresco y verde de unas semanas atrás.

Cuando llegaban al molino veían a Samuel, el molinero, sólo, leyendo la Biblia a la puerta del edificio sin la habitual compañía de sus peones. Samuel no hacía otra cosa que rezar, rezar a su Dios para que el agua retornara a su curso, al arroyo, porque si esa situación continuaba por mucho tiempo Samuel tendría que cerrar el molino y, sin molino, no habría harina para que el tahonero pudiera hacer el pan. Y Juan, el inventor, ya no parecía tan "lindo". Había tenido que abandonar sus experiencias musicales con el agua. El órgano ya no estaba junto a la ribera, sino arrinconado fuera de la casa, donde Juan lo había dejado, desmontado, a la espera de que el Albarregas volviera, con su agua, a darle vida a su música. Mientras tanto, se entretenía, según él decía, montando una veleta o molinillo con el que habría de moverse un mecanismo que inflara un odre y éste, a su vez, hiciera sonar una gaita. Pero en su rostro se notaba que estaba contrariado, que le molestaba mucho dejar el asunto del órgano para otro momento.

Llegando ya al pueblo pararon junto a la fuente. No había mujeres llenando sus tinajas en ella; tampoco se veía a ninguna yendo o viniendo hasta el lugar con su rodete y su cántaro apoyados sobre la cabeza. ¿Para qué iban a ir a la fuente si estaba seca?.

Del caño de ésta pendía una telaraña, segura su tejedora de que por allí no saldría agua en mucho tiempo.

Todos estaréis pensando en las lavanderas. ¡Pues sí, tampoco estaban ellas en el lavadero!. El pueblo entero debería estar oliendo a cuadra al no poder



lavarse la ropa. Pero en ese detalle no reparó Fernando “el Piconero” ante la soledad en la que se encontraba el lavadero. No estaba allí la moza morena que tanta gracia le hacía y eso le apenó mucho.

Su hijo, Fernando, viendo un panorama tan desalentador se convenció, ya de forma definitiva, de su teoría inicial: la falta de agua seca todas las sonrisas.

Cuando llegaron al pueblo comprobaron que todas las calles estaban vacías. No se encontraban las viejecitas haciendo encajes a la puerta de sus casas; tampoco jugueteaban por ellas niños ni circulaban carros o ganados. El piconero y su hijo creyeron que el pueblo había sido abandonado hasta que llegaron a la plaza. Todos los habitantes se concentraban allí para escuchar lo que decía, a voz en grito, desde el balcón del Ayuntamiento el alcalde regidor de la villa quien, para la ocasión, estaba acompañado por dos caballeros de la Orden de Santiago venidos expresamente desde Mérida. A Fernando “el Piconero” le asustó el tono que el alcalde empleaba para llamar la atención de sus vecinos. El tono era el de una persona asustada, sobrepasada por unas circunstancias que, con su poder, no podía cambiar. El mensaje del alcalde podía resumirse de la manera que sigue: “La sequía que aquejaba con gravedad a los pueblos de Trujillanos, San Pedro, Mirandilla, así como a cortijos, alquerías y campos de sus términos, falta de agua que afectaba al bienestar y salud de sus habitantes y ganados, así como al buen desarrollo de sus cosechas y bosques, parecía tener su raíz en algo sobrenatural, monstruoso, que no era de este mundo. Para confirmar este extraordinario suceso habían venido al pueblo los dos caballeros santiaguistas que le acompañaban. Caballeros que, junto a varios alguaciles, se habían internado días atrás en lo más profundo del bosque de Cornalvo hasta donde se dice están las fuentes del embalse. Llegados a un claro del denso encinar fueron testigos, con horror, de cómo unas rocas habían crecido, hasta adquirir unas dimensiones gigantescas, donde antes sólo había agua, juncos, juncias y cañaverales. Y pudieron comprobar como las rocas, aunque de forma lenta, se movían y parecían lanzar un profundo mugido como el de mil vacas pariendo. El susto fue de espanto. El grupo huyó al galope sin mirar atrás, pues era tal el miedo que llevaban todos, caballos y jine-

tes, que su preocupación estuvo centrada más en esquivar ramas y zarzales que en pensar si la roca rugiente les perseguía.

Ante tal fenómeno, lo único que podía hacerse era encomendarse a Dios y a los santos. En Mérida, incluso, sacarían en procesión sus cofrades al Cristo de la O, imagen que se decía era propicia para casos de epidemias y catástrofes. Mientras, se daría aviso a Madrid y a Badajoz para que varios destacamentos del Ejército de Castilla vinieran para cercar al supuesto monstruo y, si fuera posible, darle muerte”.

El padre, entre sorprendido y horrorizado, agarraba fuertemente la mano de su hijo, que no sólo no se asustó con lo que el alcalde decía, sino que quedó impresionado por la imponente presencia y vestimenta que lucían los dos caballeros que le acompañaban: sus gorros con penachos de plumas, la belleza de las capas blancas con las cruces encarnadas bordadas sobre ellas o las botas de montar con espuelas, unas espuelas que brillaban como la más pura plata. Pero, sobre todo, al hijo del piconero le llamaron la atención las espadas que pendían de sus cinturas. Espadas grandes, pesadas, con vainas de cuero bien trabajado y cachetes de nácar y madera noble. Desde ese instante al niño le entraron unos tremendos deseos de ser caballero para llevar una de esas armas, de las que su pequeño puñal de madera era una burda copia en miniatura. De repente, su curiosidad se tornó valentía (los caballeros valientes son los más curiosos de entre los curiosos) y decidió encarar la aventura que esos dos santiaguistas, con sus acompañantes, no habían sabido solventar con el arrojo suficiente.

Su padre, sabedor de que su hogar y el horno de picón estaban muy cerca del bosque maldito, el bosque en el que se encontraban las fuentes del embalse, decidió que lo mejor era que ambos se trasladaran al pueblo, donde vivían sus padres y los de su esposa. Tras vender apresuradamente toda la carga montaron en Azabache y se dirigieron a casa para coger las pertenencias más necesarias.

Pero la idea de irse a vivir con los abuelos no le pareció al niño Fernando muy atractiva. Era como una especie de huida y él quería ser, ante todo,

caballero. Delante de él, oculta entre la arboleda, estaba la aventura. No debía desaprovechar la oportunidad que el destino le ofrecía: darle caza a esa cosa que, al robar el agua de las fuentes, tanto daño hacía a los amigos de su padre, a todo el pueblo y su paisaje.

Llegaron a casa cuando anochecía. Tras cenar se fueron ambos la cama. El día había sido muy ajetreado y el piconero, presa del cansancio, al poco tiempo se quedó profundamente dormido. Con sigilo, el chiquillo se vistió, cogió su capa y el zurrón en el que aparte de su puñal, los pedernales para hacer fuego y la flauta de hueso, introdujo una bota con agua, algunas lascas de queso y un mendrugo de pan. Tomó un farolillo de aceite que había colgado de la chimenea de la casa, lo encendió con cuidado y, cuando la llama tomó fuerza, salió al exterior cerrando tras de sí la puerta. La noche le recibió con una brisa fresca. Fernando estaba tan sobrado de coraje que no tenía ni pizca de sueño. Se internó, decidido, por entre los jarales cercanos a la vivienda y la lucecilla tenue del farol fue tragada, con rapidez, por el bosque.

Fernando sabía que, para llegar a las fuentes del pantano, lo primero que había que hacer era buscar el surco del Arroyo de las Muelas. Eso es lo que hizo. Ayudado por su daga iba apartando con una mano la maraña que formaban jaras, acebuches y madroños mientras, con la otra, aferraba fuertemente la lámpara. Tras andar más de media hora llegó a un claro que resultó ser una senda de ganado. La siguió un corto trayecto hasta llegar a una hondonada cuyo fondo era todo de cantos rodados. Era, ni más ni menos, que un abrevadero practicado en un remanso del seco curso del arroyo que buscaba. Desde ese punto, no debía perderlo en momento alguno, teniendo claro que, dejando a su derecha al agotado cauce, sabía que iba aguas arriba. Entre tropezones con las raíces de los sauces y los fresnos, y algún que otro latigazo certero que le propinaban en el rostro las adelfas, Fernando llegó, cuando ya amanecía, hasta una gigantesca encina bajo cuya copa quedaban restos de una gran fogata y, alrededor de ella, siete u ocho grandes piedras que servían de asiento a pastores o por qué no, a los temidos bandidos. Sin querer, el niño había llegado a la que había sido guarida de los bandoleros. Pero, dado el aspecto de las cenizas y de los troncos a medio quemar, parecía que los ladrones no paraban allí desde



hacía bastante tiempo, quizá días. Junto al tronco de la encina halló un gran odre vacío y, nuestro protagonista, llegó a la siguiente conclusión: los bandoleros habían abandonado este escondrijo por falta de agua. Y es que, sin agua, hasta los malos abandonan su escondrijo. Pero Fernando quedó escamado con otro detalle que no le pasó desapercibido: junto a los troncos chamuscados había restos asados sin consumir de una gran avutarda. ¿Por qué abandonar, sin consumir, tan apetitosa y apreciada presa?. ¡No habían abandonado tranquilamente el lugar, habían huido de manera precipitada porque algo o alguien les asustó!. Pero, lo que es peor, ¿por qué no habían acudido a consumir las carroñas lobos, zorras, turones, buitres, cuervos, urracas y grajas? Ni tan siquiera las hormigas habían hecho acto de presencia. Que Fernando supiera, éstas no estaban acostumbradas a perderse festines de tal tamaño. Muy grave tenía que ser la causa que obligó a todos los animales a renunciar a una comida que podían conseguir con facilidad.

Fernando no sabía si el farolillo se le había apagado del nerviosismo, pues su brazo se movía como la rama de un almendro con el viento (pero él no era un almendro y no se movía en aquel instante viento alguno), o bien que, al comprobar que comenzaba a amanecer, se apresuró a sofocar sin darse cuenta la llama.

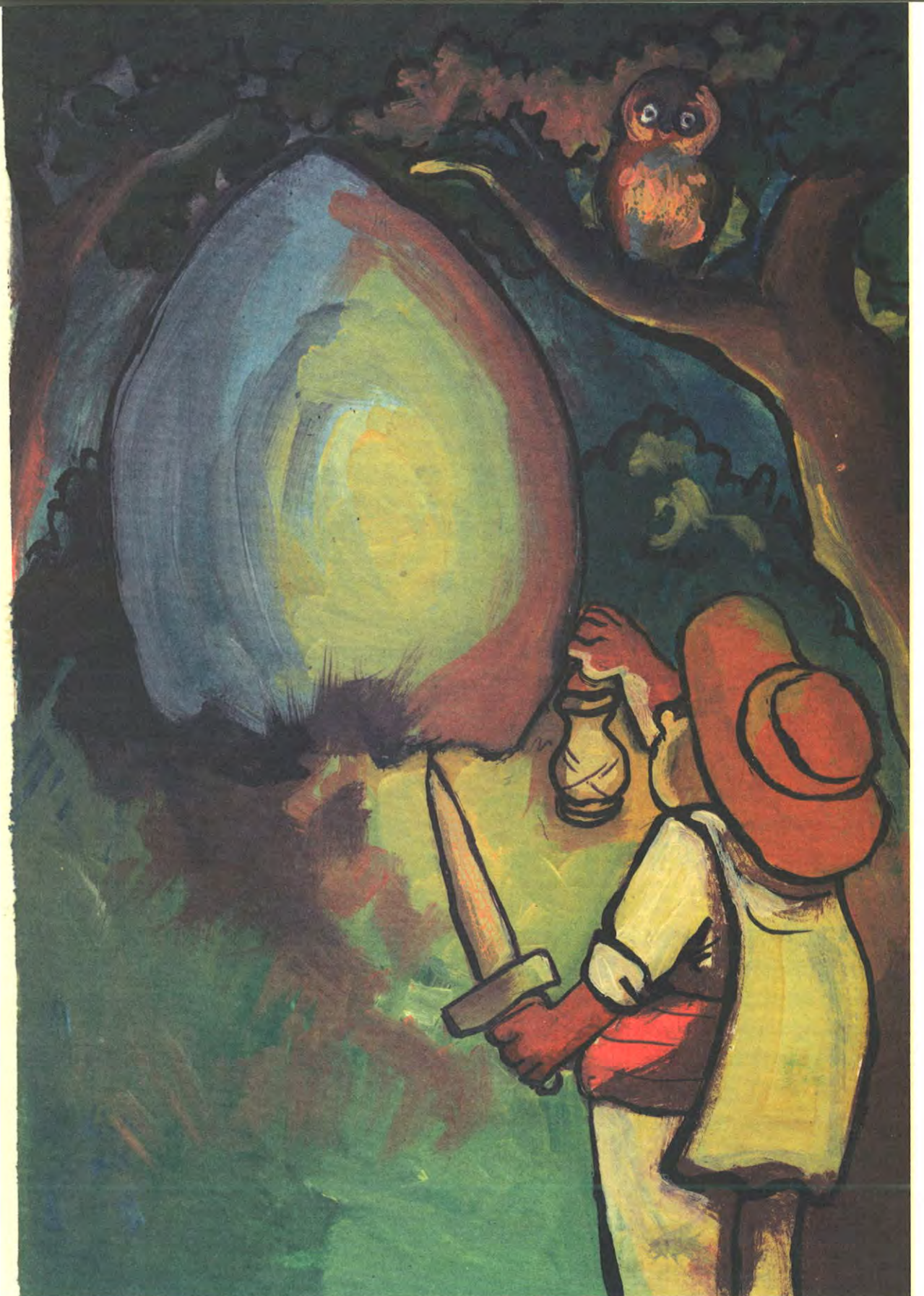
Ya era tarde para retornar, le gustara o no, allí había llegado para acabar con la sequía y tenía que actuar a la manera de los grandes caballeros que había conocido a través de las historias que su padre le contaba en invierno, junto a la chimenea. Caballeros sin temor al enemigo, por muy fuerte y numeroso que este fuera, como es el caso de Floriseo del Desierto, Tirante “El Blanco”, Amadís de Gaula o Raimundo “El Griego”.

¿Le faltaba música para iniciar un ataque?...Tenía su flauta para espantar al silencio. Y armas ¿Carecía de una afilada punta para hundirla en las entrañas de la más horrenda fiera?. Para eso estaba su puñal, que era pequeño, cierto, pero todo lo que tenía de minúsculo le sobraba de certero. Por último ¿había de temer a las sombras y los terribles seres que en ellas suelen habitar?...tenía sus piedras para hacer fuego y el fuego ya se sabe que a los hijos de la oscuridad espanta.

Fernando poseía cuanto necesitaba para entablar combate así que, presto, siguió su camino hacia las fuentes del embalse

Llegó a una zona escarpada donde el arroyo venía encauzado por un antiguo muro, de tiempos de los romanos, que apenas sólo se conservaba en algunos tramos. Al encaramarse a uno de esos viejos paredones pudo observar como, en un claro, en el lugar que llaman Dehesa de Padilla, surgiendo de un tamujar, había un huevo, grande como un pajar. Sin pensárselo dos veces se acercó corriendo hasta él. Sin temor lo tocó. La superficie de la cáscara era rugosa pero muy blanda, como la vejiga de un caballo cuando se llena de aire y aun más esponjosa, que parecía una pera madura, de las que se magullan con sólo tocarlas. Fernando temía que un huevo tan descomunal no podía quedar expuesto por sus padres a riesgos innecesarios durante mucho tiempo en medio de un descampado. Había que actuar, pues, con rapidez. Sin dudar, sacó de su zurrón su daga y le asestó una puñalada al cascarón. Se rasgó como la seda y, de inmediato, por la fisura abierta comenzó a salir un potente chorro de agua limpia y cristalina que, primero empapó a Fernando y al suelo polvoriento sobre el que estaba y, posteriormente, corrió con prontitud por el llano, ya como un regato. A medida que el huevo iba quedando vacío aumentaba la dureza de la cáscara y cambiaba su tonalidad. Fernando no se podía creer lo que veía, el huevo se estaba convirtiendo, poco a poco, en una inmensa mole de granito.

Mientras el huevo se iba quedando huero, al mismo tiempo, retumbó toda la dehesa. Era el mugido que escucharon los caballeros santiaguistas y los alguaciles que les acompañaban lo que atronó en medio de los encinares. Guiado por tan espantoso sonido, el valiente hijo del picadero se alejó del tamujar en el que el huevo se encontraba para acercarse, nuevamente, al seco cauce del Arroyo de las Muelas. Ya en él, siguió su curso aguas arriba, viendo como el terreno se hacía cada vez más áspero. Fernando estaba cansado, muy cansado. El corazón le latía alocadamente, jadeaba a cada paso que daba por entre las peñas; pero esa curiosidad valiente le hacía continuar.



Imaginaos cómo se quedó nuestro pequeño caballero cuando, al saltar de un risco a otro, comprobó que el último sobre el que pisaba se hundía de mullido que era. Y no sólo se aplastaba con su peso, también se movía, como si fuera una gigantesca serpiente que fuera reptando de forma muy lenta. Llena de musgo como estaba, y con esa tonalidad gris propia del granito, no pensó que esa falsa roca fuera un ser vivo. Un ser vivo que, por el tacto, era como un odre gigante, lleno todo de agua; tanta como tuvo, no sólo la fuente del embalse, sino todas las fuentes, ríos, arroyos y pozos de la comarca. A un tiro de ballesta, la roca en la que terminaba este roquedal se irguió, elevándose varios metros por encima. Fernando vio, espantado, como la roca era la cabeza de un dragón-gusano inmenso de cuya boca emergía un arpón descomunal, un arpón oculto en casi su totalidad por el barro y del que caía una cascada de agua turbia.

Fernando supo entonces la razón última de la sequía. Ese monstruo había perforado los veneros de todas las fuentes hasta dejarlos secos. Había crecido tanto, llevaba almacenada tal cantidad de agua, que tuvo que ocultarse y, para continuar viviendo, eligió este recóndito lugar, apartado, fresco y con líquido suficiente para mantenerse por mucho tiempo, al menos hasta que su hijo hubiera salido del huevo que Fernando había destruido minutos antes.

La cabeza del dragón se aproximaba hacia él con lentitud. Podía ver con claridad cómo sus fauces estaban plagadas de dientes aguzados y transparentes, como si fueran diamantes y que el arpón, que giraba sin cesar, no era otra cosa que su lengua, una lengua que perforaba la tierra y las rocas que luego, esos duros dientes, trituraban.

El niño agarró con las dos manos el puñal y, con todas sus fuerzas, intentó traspasar la piel del monstruo. El arma rebotó, como rebotáis vosotros cuando saltáis sobre una cama elástica, el pellejo era duro como el cuero de una silla de montar, no iba a ser tan fácil hacerle daño. La lengua del bicho se acercaba peligrosamente al niño y parecía que, irremisiblemente, iba a traspasarle como a un pincho moruno. Recordó, en ese instante, una frase de su padre: "Cuando trina el jilguero el lobo se hace de caramelo". Con la velocidad del rayo sacó del morral su flauta y se puso a tocarla, a tocarla sin parar, mientras retro-

cedía lenta, muy lentamente. El dragón, al escuchar aquella melodía, desconocida para él, se quedó por un instante paralizado. Y ese instante fue vital para Fernando. Cuando llegó al peñasco más pequeño, la probable cola del dragón, Fernando tiró su flauta y saltó al reseco suelo, todo él tapizado de paja, sacando las dos piedras de pedernal, las chascó sobre la reseca hierba que prendió rápidamente. Cuando la llama entró en contacto con la cola del monstruo, dio un respingo para evitarla. Los movimientos del animal eran muy lentos, iba tan excesivamente cargado de agua que el fuego pronto chamuscó ese peñasco que no era tal, sino la cola. De repente, ésta reventó con estrépito, saliendo, como si fuera el caño de una enorme fuente, un potente chorro de agua.

Fernando no se lo pensó dos veces y salió corriendo de allí como alma que lleva el diablo, mientras el monstruo se retorció de dolor y lanzaba rugidos que el viento hacía llegar hasta el último rincón de la dehesa.

Para entonces el piconero, que no sabía por donde iniciar la búsqueda de su hijo, imaginó lo peor cuando escuchó el lastimero grito que emergía del bosque. Aceleró la marcha, desesperado, siguiendo el curso del Arroyo de las Muelas por el cual, a pesar de ser pleno verano, corría con vitalidad el agua.

Sentado sobre uno de los viejos paredones romanos vio, por fin, a su hijo. Se le alegró el alma y el castigo que venía madurando como escarmiento por su desobediencia se quedó en un reguero de lágrimas de emoción.

- Fernando, hijo, ¿qué haces aquí? -dijo el emocionado padre-

A lo que el hijo contestó. -Sube padre al muro y lo verás-

El padre se encaramó al viejo paredón y, mientras abrazaba a su chiquillo, observó la hondonada llena de peñas donde se había formado una inmensa laguna que evacuaba con estrépito directamente en la misma cabeceira del arroyo.

- Padre -dijo Fernando entre complaciente y cansado- he matado al monstruo que nos robaba el agua reventando su cola con fuego.



El piconero, lleno de orgullo y con una pizca de ironía, le contestó - Hijo, gracias a ti, la normalidad retornará a la comarca pero, por favor, la próxima vez que salgas a cazar dragones, dímelo-.

Días después, en el conventual santiaguista de Mérida (justo donde hoy se encuentra la presidencia de la Junta de Extremadura), todos los alcaldes y regidores de la comarca nombraban caballero al hijo del piconero colocándole la capa, las botas, el sombrero emplumado y la espada. Bueno, la espada era su puñal de madera porque, Fernando, tenía la edad ideal para vivir aventuras en las cuales es una soberbia tontería llevar espadas de hierro. Desde entonces fue conocido como Fernando "Cola de Pantano".

¿Que esta historia es sólo leyenda?, yo os invito a que busquéis con vuestros padres las fuentes de Cornalvo. Allí se extiende una finca que se llama "El Huevo". Su nombre lo dice todo, pero, mayor será vuestra sorpresa cuando comprobéis que, el huevo de dragón que encontró el hijo del Piconero, está allí: una bola de granito inmensa coronada por un solitario nido de cigüeña. Y de los restos del monstruo, he de deciros que estos existen. Actualmente componen un roquedal vestido por el musgo a través del cual cruza el arroyo de las Muelas. Éste, cuando viene crecido, forma cascadas que provocan un estruendo que, no hace falta echarle mucha imaginación para darse cuenta de que, ese ruido es, ni más ni menos, que un hondo y fuerte rugido. Por eso llaman a este lugar: "El Rugidero".

Hoy el monstruo que hace desaparecer el agua de los arroyos, ríos y pantanos, debe ser cazado en las calles de las grandes ciudades y entre las conducciones y chimeneas de muchas industrias. Lo tenemos más difícil que el hijo del piconero pero hay que salir, ya, a atraparlo, porque el nivel de los embalses bajan de manera preocupante. ¿Os animáis mis queridos caballeros y damas andantes?, pues, adelante... ¡Vamos a por él!

TÍTULOS PUBLICADOS

I Certamen 1996

Primer Premio:

Antonio Gómez Hueso
"Negrocarbón y las siete gigantes"

Segundo Premio:

María José Guillén Rubio
"Avatar"

Tercer Premio:

Ramón Garrido García
"El árbol que sólo tenía una hoja"

Mención Especial:

Andrés Carballo Expósito
"La odisea de las hormigas"

II Certamen 1997

Primer Premio:

Andrés Carballo Expósito
"La hija del águila"

Segundo Premio:

José Antonio Palomo Molano
"Un tesoro en la Red"

Tercer Premio:

Ignacio del Dedo Rodríguez
"Un arca de palabras"

III Certamen 1998

Primer Premio:

Paloma Orozco Amorós
"Historias de otra tierra"

Segundo Premio:

Mónica de Castro Pardo
"...Sólo estrellas"

Tercer Premio:

Nieves Fernández Rodríguez
"Aladina y la botella maravillosa"

IV Certamen 2000

Primer Premio:

Juan Carlos Zambrano Boza
"A Ignacio ya no le dan miedo los bichos"

Segundo Premio:

Ana Galisteo Pérez
"El viaje de los animales"

V Certamen 2001

Primer Premio:

M^a Pilar López Ávila
"La leyenda del pájaro de ceniza"

Segundo Premio:

Juan Ángel Parejo Sosa
"El bosque que nos enseñó a cantar"

VI Certamen 2002

Desierto

VII Certamen 2003

Primer Premio:

Juan Carlos Zambrano Boza
"Un Árbol, en singular"

VIII Certamen 2004

Primer Premio:

Juan Carlos Zambrano Boza
"El día en que todo desapareció"

Segundo Premio:

Manuel Calderón Carrasco
"El Jefazo de Monfragüe"

IX Certamen 2005

Primer Premio:

Oihane Rodríguez de Larrínaga
"Los amigos de Flom"

Segundo Premio:

José Manuel López Caballero
"El Bosque de los Gigantes"